

productivo. Distinguían, por consiguiente, el préstamo de las cosas que se consumen por el uso, en cuyo número ponían el dinero, del de las que, sin consumirse, aprovechan al que las usa por lo que producen.

Los economistas no tuvieron gran trabajo en demostrar, generalizando la noción de arrendamiento, que en la economía de la sociedad la acción del capital, ó sea su productividad, es la misma, ya se le consuma en salarios, ya se le aplique á servir sólo de instrumento, y se hacía por consecuencia preciso ó proscribir el arrendamiento de la tierra, ó admitir el interés del dinero, puesto que lo uno y lo otro eran, bajo un mismo título, la recompensa del privilegio, la indemnización del préstamo. Más de quince siglos se necesitaron, con todo, para hacer aceptar esta idea y tranquilizar las conciencias asustadas por los anatemas del catolicismo contra la usura. Mas al fin la evidencia y la opinión general estuvieron por los usureros, y éstos ganaron la batalla contra el socialismo, resultando de esa especie de legitimación de la usura para la sociedad ventajas tan incontestables como inmensas. En esto el socialismo, que había intentado generalizar la ley escrita por Moisés sólo para los israelitas, *Non feneraberis proximo tuo, sed alieno*, fué batido por una idea que había aceptado de la rutina económica, es decir, la idea de arrendamiento, elevada á la teoría de la productividad del capital.

Pero los economistas á su vez fueron menos felices, cuando más tarde se les retó para que justificasen el arriendo en sí mismo, y estableciesen esa teoría de la productividad de los capitales. Puede muy bien decirse que en este punto han perdido todo lo que ántes habían ganado contra el socialismo.

Sin duda alguna, soy el primero en reconocerlo,

el arriendo de la tierra, del mismo modo que el del dinero y el de todo valor mueble ó inmueble, es un hecho espontáneo y universal, que tiene su origen en lo más profundo de nuestra naturaleza, y llega á ser pronto, en virtud de su normal desarrollo, uno de los más poderosos resortes de la organización. Probaré hasta que el interés del capital no es más que la materialización del aforismo: *todo trabajo debe dejar un sobrante*. Mas frente á frente de esa teoría, ó por mejor decir de esa ficción de la productividad del capital, se levanta otra teoría no menos cierta, que en estos últimos tiempos ha impresionado á los más hábiles economistas, y es que todo valor nace del trabajo y se compone esencialmente de salarios, ó, en otros términos, que no hay riqueza que proceda originariamente del privilegio ni tenga valor más que por la forma, y por consecuencia que el trabajo es entre los hombres el único manantial de la renta. ¿Cómo, pues, conciliar la teoría del arrendamiento ó de la productividad del capital, teoría confirmada por la práctica de todos los pueblos, que la economía política en su calidad de rutinaria no puede menos de aceptar, sin que pueda jamás justificarla, con esa otra teoría que nos presenta el valor compuesto normalmente de salarios, y conduce fatalmente, como lo demostraremos, á la igualdad en las sociedades del producto neto y del producto bruto?

Los socialistas no han dejado escapar la ocasión. Apoderándose del principio de que el trabajo es el origen de toda renta, se han puesto á pedir cuenta á los poseedores de capitales, de sus arriendos y de sus demás emolumentos; y así como los economistas habían ganado la primera victoria, generalizando bajo una expresión común el arriendo y la usura, los socialistas han tomado la revancha, haciendo desaparecer, bajo el principio aún más general del tra-

bajo, los derechos señoriales del capital. La propiedad ha sido demolida de arriba abajo, y los economistas no han encontrado otro medio que el de guardar silencio. El socialismo, empero, en la imposibilidad de detenerse en la mitad de la pendiente, ha resbalado y caído hasta en los últimos confines de la utopía comunista; y á falta de una solución práctica, la sociedad está reducida á no poder ni justificar su tradición, ni entregarse á ensayos cuya ménos funesta consecuencia sería hacerla retroceder de algunos miles de años.

En situación tal, ¿qué prescribe la ciencia?

No es, á buen seguro, que nos detengamos en un punto medio arbitrario, indeterminable, imposible; sino que generalicemos más y descubramos un tercer principio, un hecho, una ley superior que explique la ficción del capital y el mito de la propiedad, y lo concilie con la teoría que atribuye al trabajo el origen de toda riqueza. Esto es lo que debía haber emprendido el socialismo si hubiese procedido lógicamente. La teoría de la productividad real del trabajo y la de la productividad ficticia del capital son, en efecto, la una y la otra esencialmente económicas. El socialismo se ha limitado á poner de manifiesto su contradicción, sin sacar nada de la experiencia ni de la dialéctica, por estar á lo que parece tan desprovisto de la una como de la otra, y esta ha sido su falta. Dentro de los buenos procedimientos, el litigante que acepte para algo la autoridad de un título, debe aceptarla para todo: no es lícito dividir en dos los documentos ni las declaraciones testimoniales. ¿Podía el socialismo declinar la autoridad de la economía política respecto de la usura, cuando se apoyaba en esta misma autoridad respecto á la manera de descomponer el valor? No, por cierto. Todo lo que podía exigir en un caso tal el socialismo era, ó que se obli-

gase á la economía política á conciliar sus teorías, ó se le encargase á él de tan espinosa tarea.

Cuanto más se profundiza esos solemnes debates, más parece que todo el pleito procede de que una de las partes se niega á ver, y la otra á moverse.

Es un principio de derecho público entre nosotros, que nadie puede ser privado de su propiedad sino por causa de utilidad general, y mediante una justa y previa indemnización.

Este principio es eminentemente económico, porque de una parte supone el dominio eminente del ciudadano expropiado, cuya adhesión, según el espíritu democrático del pacto social, no puede ménos de presuponerse; y de otra la indemnización, ó sea el precio del inmueble expropiado, se regula, no por el valor intrínseco del objeto, sino por la ley general del comercio, que es la opinión, es decir, la oferta y la demanda. La expropiación hecha en nombre de la sociedad puede ser asimilada á un contrato de conveniencia, consentido por cada uno respecto de todos. No sólo, por lo tanto, se ha de pagar el precio, sino también la conveniencia misma, y así es en efecto como se valúa la indemnización. Si los jurisconsultos romanos hubiesen visto esta analogía, habrían sin duda vacilado ménos sobre la expropiación por causa de utilidad pública.

Tal es, pues, la sanción del derecho social de expropiar: la indemnización.

Ahora bien, en la práctica no sólo no se aplica el principio de expropiación siempre que se debiera, sino que hasta es imposible que así sea. Así, la ley que ha creado los ferro-carriles, ha prescrito la indemnización de los terrenos que los rails ocupan, y nada ha hecho por esa multitud de industrias que alimentaban los trasportes por ruedas, industrias cuyas pérdidas excederán en mucho al valor de los ter-

renos reembolsados á los propietarios. Así tambien, cuando se trató de indemnizar á los fabricantes de azúcar de remolacha, no se ocurrió á nadie que el Estado debiese indemnizar tambien esa multitud de jornaleros y empleados que hacía vivir esa industria, é iban quizás á encontrarse reducidos á la indigencia. Es, sin embargo, cierto, atendida la nocion del capital y la teoría de la produccion, que del mismo modo que el poseedor territorial á quien el ferrocarril priva de su instrumento de trabajo tiene derecho á ser indemnizado, derecho tiene á otro tanto el industrial cuyos capitales esteriliza el mismo camino. ¿De qué depende, pues, que no se le indemnice? ¡Ay! de que indemnizar es imposible. Con ese sistema de justicia y de imparcialidad, las sociedades se verian no pocas veces en la imposibilidad de obrar, y volverian á la inmovilidad del derecho romano. ¡Es indispensable que haya víctimas!... Se ha abandonado por consecuencia el principio de indemnizacion; hay bancarrota inevitable del Estado para con una ó muchas clases de ciudadanos.

En esto llegan los socialistas; echan en cara á la economía política que no sabe sino sacrificar el interés de las masas y crear privilegios; y luégo, haciendo ver en la ley de expropiacion el rudimento de una ley agraria, van á parar bruscamente á la expropiacion universal, es decir, á la produccion y al consumo en comun.

Pero aquí el socialismo vuelve á caer de la crítica en la utopia, y manifiesta de nuevo su impotencia en sus contradicciones. Si el principio de expropiacion por causa de utilidad pública, desarrollado en todas sus consecuencias, conduce á una completa reorganizacion de la sociedad, ántes de poner manos á la obra es preciso determinar esa nueva organizacion; y el socialismo, lo repito, tiene por toda ciencia sus

girones de psicología y de economía política. Conviene luégo, conforme al principio de indemnizacion, si no reembolsar, á lo ménos garantir á los ciudadanos los valores de que se hayan desprendido; conviene, en una palabra, asegurarlos contra los riesgos del cambio. Ahora bien, fuera de la fortuna pública cuya gestion solicita, ¿dónde buscará el socialismo la caucion de esa misma fortuna?

Es imposible, en buena y sincera lógica, salir de este círculo. Así los comunistas, más francos en sus maneras que ciertos otros sectarios de ideas ondulantes y pacíficas, cortan la dificultad proponiéndose, una vez dueños del poder, expropiar á todo el mundo sin indemnizar ni garantir á nadie. En el fondo podria muy bien no ser esto ni desleal ni injusto: desgraciadamente quemar no es responder, como decia á Robespierre el interesante Desmoulins, y en semejantes debates se vuelve casi siempre á la hoguera y la guillotina. Aquí, como en todo, hay frente á frente dos derechos igualmente sagrados, el del ciudadano y el del Estado; lo cual es decir que no puede ménos de haber una fórmula de conciliacion superior á las utopias socialistas y á las teorías truncadas de la economía política, que es lo que se trata de descubrir. ¿Qué hacen, con todo, las partes litigantes? Nada. No parece sino que promueven las cuestiones para tener ocasion de injuriarse. ¿Qué digo? Ni las comprenden siquiera esas cuestiones; así es que mientras el público se ocupa en los sublimes problemas de la sociedad y de los destinos humanos, los empresarios de ciencia social, ortodoxos y cismáticos, no están de acuerdo sobre los principios. Tes-tigo la cuestion causa de estos estudios, no más entendida á buen seguro por sus autores que por sus detractores, la *Relacion entre los beneficios y los salarios*.

¡Cómo! ¿Personas consagradas á la economía, toda una Academia, habria puesto á concurso una cuestion sin comprender siquiera sus términos? ¿Cómo habria podido ocurrírsele semejante idea?

Pues bien, sí, es increíble, fenomenal lo que me adelanto á decir; pero cierto. Les sucede á los economistas lo que á los teólogos. Los teólogos no responden á los problemas de la metafísica sino con mitos y alegorías, los cuales reproducen siempre los problemas sin jamás resolverlos; y los economistas no responden á las cuestiones que ellos mismos sientan, sino refiriendo cómo y por dónde han venido á proponerlas. Si concibiesen la posibilidad de ir más allá, dejarían de ser economistas.

¿Qué es, por ejemplo, el beneficio? Lo que queda al empresario, al maestro, despues de cubiertos todos sus gastos. Ahora bien, los gastos se componen de jornales y valores consumidos, en definitiva de salarios. ¿Cuál es el salario de un jornalero? Lo ménos que puede dársele, es decir se ignora. ¿Cuál debe ser el precio de la mercancía que lleve el empresario al mercado? El mayor que puede obtener, que es decir, también se ignora. En economía política no es siquiera lícito suponer que la mercancía y el jornal puedan ser *tasados*, bien que se convenga en que cabe *valuarlos*, porque el avalúo, dicen los economistas, es una operacion esencialmente arbitraria que no puede conducir jamás á una conclusion segura y cierta. ¿Cómo, pues, encontrar la relacion entre dos incógnitas que, segun la economía política, no cabe despejar en caso alguno? Así la economía política sienta problemas insolubles; y, sin embargo, veremos pronto cuán inevitable es que los proponga y que nuestro siglo los resuelva. Por esto he dicho que la Academia de Ciencias morales, poniendo á concurso la relacion entre los beneficios y

los salarios, habia hablado sin conciencia, habia hablado proféticamente.

Pero, se dirá, ¿no es verdad que si el trabajo es muy solicitado y los jornaleros escasean, podrá aumentar el salario y disminuir por otro lado el beneficio? ¿que si por la mucha concurrencia la produccion sobra, habrá hacinamiento de mercancías y venta á pérdida, y por consecuencia falta de beneficios para el capitalista y de trabajo para el jornalero? ¿que éste entónces ofrecerá sus brazos á la baja? ¿que si se inventa una máquina empezará ésta por apagar el fuego de sus rivales, y luégo, establecido el monopolio y puesto el jornalero bajo la dependencia del maestro, el beneficio y el salario irán el uno en sentido inverso del otro? Estas y otras causas, ¿no pueden ser acaso estudiadas, apreciadas, equilibradas, etc., etc.?

¡Oh! monografías! historias! Saturados estamos de ellas desde A. Smith y J. B. Say, sobre cuyos textos apenas se han hecho más que variaciones. Pero no es así como debe entenderse la cuestion, por más que la Academia no le haya dado otro sentido. La *relacion entre el beneficio y el salario* debe ser tomada en un sentido absoluto, y no bajo el punto de vista inconcluyente de las oscilaciones del comercio y de la division de los intereses: cosas ambas que deben recibir ulteriormente su interpretacion. Me explicaré.

Considerando al productor y al consumidor como una sola persona, cuya retribucion es naturalmente igual á su producto, y distinguiendo luégo en ese producto dos partes, una que reintegra al productor de sus anticipos y otra que figura ser un beneficio, segun el axioma de que todo trabajo debe dejar un sobrante; tenemos que determinar la relacion que media entre las dos partes. Hecho esto, será fácil

deducir de aquí las relaciones de fortuna de esas dos clases de hombres, maestros y trabajadores, así como también dar razón de todas las oscilaciones comerciales. Esta será una serie de corolarios que habrá que añadir á la demostración.

Ahora bien, para que haya y sea susceptible de aprecio una relación de esta índole, es de todo punto imprescindible que una ley interna ó externa rija la constitución del salario y la del precio de venta; y como en el actual estado de cosas el salario y el precio varían y oscilan sin cesar, se pregunta cuáles son los hechos generales, las causas que hacen *variar* y *oscilar* el valor, y en qué límites se realiza esta oscilación.

Pero esta pregunta es hasta contraria á los principios, porque quien dice *oscilación* supone necesariamente una dirección media, á la que la vá llevando sin cesar el centro de gravedad del valor; así que, con pedir la Academia que *se determinen las oscilaciones del beneficio y del salario*, pide que *se determine el valor mismo*. Justamente esto es lo que rechazan los señores académicos: no quieren entender que si el valor es variable, es por la misma razón determinable; que la variabilidad es indicio y condición de determinabilidad. Pretenden que el valor no puede ser determinado jamás porque varía siempre, y es como si sostuvieran que dados el número de las oscilaciones por segundo de un péndulo, la extensión de las oscilaciones y la latitud y altura del lugar en que se hace el experimento, no cabe determinar la longitud del péndulo por hallarse éste en movimiento. Tal es el primer artículo de fé de la economía política.

En cuanto al socialismo, no parece haber comprendido mejor la cuestión, ni cuidarse mucho de ella. Entre sus muchos órganos, los unos echan pura y

simplemente á un lado el problema, sustituyendo el sistema de cesión al de reparto, es decir, desterrando del organismo social el número y la medida; otros salen del paso aplicando el sufragio universal al salario. No hay para qué decir que esas vulgaridades encuentran miles y centenares de miles de personas que á ojos cerrados las aceptan.

La economía política ha sido condenada en forma por Malthus en este famoso pasaje:

«Un hombre que nace en un mundo ya ocupado, si su familia no tiene medio de sustentarle, ó si la sociedad no necesita de su trabajo, no tiene el menor derecho á reclamar una porción cualquiera de alimento: está realmente de más en la tierra. En el gran banquete de la naturaleza no hay para él cubierto. La naturaleza le manda que se vaya, y no tardará en llevar á ejecución la orden.»

Esta es la conclusión necesaria, fatal, de la economía política, conclusión que demostraré con una evidencia hasta hoy desconocida en esta clase de estudios. ¡La muerte para el que no posea!

A fin de penetrar mejor el pensamiento de Malthus, traduzcámosle en proposiciones filosóficas, despojándole de su barniz oratorio:

«La economía política entraña la libertad individual y la propiedad, que es su expresión; no la igualdad ni la solidaridad.

»Bajo este régimen de cada uno en su casa, cada uno para sí, el trabajo, como toda mercancía, está sujeto al alza y á la baja: de aquí los riesgos del proletariado.

»El que no tenga ni renta ni salario, no tiene derecho á exigir nada de los demás: su desgracia pesa exclusivamente sobre él; en el juego de la fortuna se ha vuelto contra él la suerte.»

Bajo el punto de vista de la economía política, estas

proposiciones son irrefragables; y Malthus, que las ha formulado con tan alarmante precision, está al abrigo de todo cargo. Bajo el punto de vista de las condiciones de la ciencia social, esas mismas proposiciones son radicalmente falsas y hasta contradictorias.

El error de Malthus, ó por mejor decir de la economía política, no consiste en sostener que un hombre que no tenga de qué comer debe morir; ni en pretender que bajo el régimen de apropiacion individual, el que no tenga ni renta ni salario deba suicidarse, si no quiere verse arrojado del mundo por el hambre. Esta es por una parte la ley de nuestra existencia, esta es por otra la consecuencia de la propiedad; y Rossi se ha tomado á buen seguro más trabajo del que debiera por justificar sobre este punto el buen sentido de Malthus. Sospecho, es verdad, que Rossi, haciendo tan extensamente y con tanto amor la apología de Malthus, ha querido recomendar la economía política, del mismo modo que su compatriota Maquiavelo, en su libro del *Principe*, recomendaba á la admiracion del mundo el despotismo. Presentándonos la miseria como la condicion *sine qua non* de la arbitrariedad industrial y comercial, Rossi parece decirnos á voz en grito: este es vuestro derecho, esta es vuestra justicia, esta es vuestra economía política; esta es la propiedad.

Pero la candorosa Galia no acepta esas sutilezas; habria valido más decir á la Francia en su lengua inmaculada: el error de Malthus, el vicio radical de la economía política consiste, en tésis general, en afirmar como estado definitivo una condicion transitoria, la distincion de la sociedad en patriado y proletariado, y especialmente en decir que en una sociedad organizada, y por consiguiente solidaria, es posible que los unos posean, trabajen

comercien, mientras los otros no tengan ni posesion, ni trabajo, ni pan. Finalmente, Malthus, ó sea la economía política, se pierde en sus conclusiones cuando vé una perpétua amenaza de carestía en la facultad de reproducirse indefinidamente de que goza la especie humana, al par de todas las especies animales y vegetales, cuando lo que cabia y se debia deducir era la necesidad, y por consiguiente la existencia de una ley de equilibrio entre la poblacion y la produccion.

En dos palabras, la teoría de Malthus, y este es el gran mérito de este escritor, mérito que no ha tenido en cuenta ninguno de sus colegas, es la reduccion de la economía política al absurdo.

En cuanto al socialismo, ha sido juzgado hace muchísimo tiempo por Platon y Tomás Moro en una sola palabra, UTOPIA, *no-lugar*, quimera.

Preciso es, sin embargo, decirlo en honra del entendimiento humano, y para hacer justicia á todos: ni la ciencia económica y legislativa podia ser en sus principios otra cosa de lo que la hemos visto, ni la sociedad puede detenerse en esta primera posicion.

Toda ciencia debe empezar por circunscribir su dominio, producir y reunir sus materiales: ántes del sistema, los hechos; ántes del siglo del arte, el siglo de la erudicion. Sujeta como todas las demás á la ley del tiempo y á las condiciones de la experiencia, la economía, ántes de investigar cómo *deben pasar* las cosas en la sociedad, tenía que decirnos cómo *pasan*; y todas esas rutinas, que los autores califican tan pomposamente en sus libros de *leyes*, de *principios* y de *teorias*, á pesar de ser incoherentes y contrarias, debian ser recogidas con una diligencia escrupulosa y descritas con severa imparcialidad. Para cumplir esta tarea, se necesitaba quizá más talento, y sobre todo más desinterés, del que puede exigir el progreso ulterior de la ciencia.

Si, pues, la economía social es aún hoy más bien una aspiración hacia lo porvenir que un conocimiento de la realidad, preciso es reconocer también que los elementos de ese estudio están todos en la economía política; y creo ser intérprete del sentimiento general, diciendo que esa opinión es ya la de la mayoría de los hombres que piensan. Lo presente tiene pocos defensores, es cierto; pero no se está menos universalmente disgustado de la utopía; y todo el mundo comprende que la verdad debe estar en una fórmula que concilie estos dos términos: CONSERVACION y MOVIMIENTO.

Así están ya revelados, gracias sean dadas á los A. Smith, á los J. B. Say, á los Ricardos y á los Malthus, los misterios de la fortuna, *atria Ditis*: la preponderancia del capital, la opresión del trabajador, las maquinaciones del monopolio, inundadas ya todas de luz, retroceden ante las miradas de la opinión. Se raciocina y se hacen conjeturas sobre los hechos observados y descritos por los economistas; espiran bajo la reprobación general, apenas sacados á la luz del día, derechos abusivos y costumbres infijas que han sido respetados mientras han permanecido envueltos en la oscuridad que les ha dado la vida; se sospecha que es preciso aprender el gobierno de la sociedad, no en una ideología hueca como la del *Contrato social*, sino, como lo había ya entrevisto Montesquieu, en la *relación de las cosas*; y se está ya formando en la nación, por encima y fuera de las opiniones parlamentarias, una izquierda de tendencias eminentemente sociales compuesta de sabios, de magistrados, de jurisconsultos, de profesores, hasta de capitalistas é industriales, todos representantes y defensores natos del privilegio, y de un millón de adeptos, partido que se esfuerza por sorprender en la análisis de los hechos económicos los secretos de la vida de las sociedades.

Representémonos, pues, la economía política como una inmensa llanura cubierta de materiales preparados para un edificio. Los trabajadores esperan la señal, llenos de ardor, y están impacientes por poner manos á la obra; pero el arquitecto ha desaparecido sin dejar plan alguno. Los economistas han guardado el recuerdo de una multitud de cosas: desgraciadamente no tienen ni la sombra de un presupuesto. Saben el origen y la historia de cada pieza; lo que han costado sus hechuras; qué madera dá las mejores vigas, y qué greda los mejores ladrillos; cuánto se ha gastado en herramientas y acarreo; cuánto ganaban los carpinteros, y cuánto los canteros; pero sin conocer el destino ni el lugar de cosa alguna. No pueden los economistas dejar de reconocer que tienen á la vista los fragmentos de una obra maestra hacinados y revueltos, *disjecti membra poetæ*; mas les ha sido hasta aquí imposible volver á encontrar el diseño general, y siempre que han ensayado combinar algo no han hallado más que incoherencias. Desesperando al fin de combinaciones sin resultado, han concluido por erigir en dogma la inconveniencia arquitectónica de la ciencia, ó, como ellos dicen, los *inconvenientes* de sus principios; han negado, en una palabra, la ciencia (5).

Así la división del trabajo, sin la cual la producción sería casi nula, está sujeta á mil inconvenientes, el peor de los cuales es la desmoralización del obrero; las máquinas producen, con la baratura, el hacinamiento de mercancías y la falta de trabajo; la concurrencia conduce á la opresión; el impuesto, base material de la sociedad, no es las más veces sino un azote tan temido como el incendio y el granizo; el crédito tiene por correlativo obligado la bancarrota; la propiedad es un hormiguero de abusos; el comercio degenera en juego de azar, donde á veces es

hasta permitida la trampa; en resumen, encontrándose por todas partes el desorden en proporcion igual con el orden, sin que se sepa cómo éste haya de llegar á eliminar á aquel, *taxis ataxian diókein*, los economistas han tomado el partido de concluir diciendo que todo vá lo mejor del mundo, y mirar como hostil á la economía política todo proyecto de reforma.

Se ha abandonado, pues, la empresa de construir el edificio social. La muchedumbre ha invadido los talleres de construcción; columnas, capiteles, zócalos, madera, piedra, metales, todo ha sido distribuido y echado á la suerte, y de todos esos materiales reunidos para un templo magnífico, la propiedad, ignorante y bárbara, ha hecho miserables chozas. Trátase, pues, no sólo de encontrar el plan del edificio, sino también de desalojar á los que lo ocupan y sostienen que su ciudad es soberbia, poniéndose, al oír la palabra restauración, en orden de batalla bajo el dintel de sus puertas. No se vió confusión tal ni aún en Babel: afortunadamente nosotros hablamos francés, y somos más atrevidos que los compañeros de Nemrod.

Dejemos la alegoría. Carece ya hoy de utilidad el método histórico y descriptivo, empleado con éxito mientras no se ha debido hacer más que practicar reconocimientos: después de millares de monografías y de tablas, no estamos más adelantados que en los tiempos de Jenofonte y de Hesiodo. Los fenicios, los griegos, los italianos, trabajaron como nosotros trabajamos: colocaban su dinero, tenían á salario á sus obreros, extendían sus propiedades, hacían sus expediciones y sus giros, llevaban sus libros, se entregaban á la especulación y al agiotaje, y por fin, se arruinaban según todas las reglas del arte económico, entendiéndolo no menos que nosotros en eso de

arrogarse monopolios y estrujar al consumidor y al jornalero. Las relaciones de todo esto sobran; y aún cuando repasásemos eternamente nuestras estadísticas y nuestras cifras, no tendríamos nunca ante los ojos sino el caos, el caos inmóvil y uniforme.

Créese, es verdad, que desde los tiempos mitológicos hasta el presente año 57 de nuestra gran revolución, no ha dejado de ir el bienestar general en aumento. El cristianismo ha pasado durante mucho tiempo por la principal causa de esta mejora, que los economistas pretenden ya hoy debida á sus principios. Después de todo, dicen, ¿cuál ha sido la influencia del cristianismo sobre la sociedad? Profundamente utopista al nacer, no ha podido ni sostenerse ni extenderse sino á fuerza de ir adoptando poco á poco todas las categorías económicas, el trabajo, el capital, el arrendamiento, la usura, el tráfico, la propiedad; consagrando, en una palabra, la ley romana, que es la más elevada expresión de la economía política.

El cristianismo, extraño, en cuanto á su parte teológica, á las teorías sobre la producción y el consumo, ha sido para la civilización europea lo que eran no há mucho para los obreros ambulantes las asociaciones gremiales y la *frac-masonería*, una especie de contrato de seguros y socorros mútuos. Bajo este punto de vista, nada debe á la economía política, y el bien que ha hecho no puede ser invocado por ella en testimonio de certidumbre. Los efectos de la caridad y del desinterés no pertenecen tampoco al dominio de la economía política, la cual ha de procurar la ventura de las sociedades por medio de la organización del trabajo y la justicia. Por lo demás, estoy pronto á reconocer los felices efectos del mecanismo propietario; sólo observo que esos efectos están enteramente contrapesados por las miserias que es de la natura-

leza de su mecanismo producir; de suerte que, como confesaba no há mucho ante el Parlamento inglés un ministro ilustre, y no tardaremos en demostrar nosotros, en la sociedad actual, el progreso de la miseria es paralelo y adecuado al de la riqueza, lo cual anula completamente los méritos de la economía política.

Así, la economía política no se justifica ni por sus máximas ni por sus obras; y en cuanto al socialismo, todo su valor está reducido á haberlo demostrado. Forzoso nos es, pues, volver á emprender el exámen de la economía política, puesto que sólo ella contiene, á lo ménos en parte, los materiales de la ciencia social, y verificar si contienen sus teorías algun error, cuya correccion pueda conciliar el hecho y el derecho, revelar la ley orgánica de la humanidad, y dar la concepcion política del orden.

CAPÍTULO II

DEL VALOR

§ 1.º—Oposicion del valor útil y del valor en cambio.

El VALOR es la piedra angular del edificio económico. El divino artista que nos ha conducido á continuar su obra no se ha explicado con nadie; pero medio se adivina por algunos indicios. El valor presenta, en efecto, dos fases: la que los economistas llaman valor de *uso*, ó valor en sí, y la que llaman valor en *cambio*, ó de opinion. Los efectos que produce el valor bajo este doble aspecto, efectos que son muy irregulares, en tanto que no está asentado ó, para hablar más filosóficamente, constituido, cambian totalmente por medio de esta constitucion.

Ahora bien: ¿en qué consiste la correlacion de valor *útil* á valor en *cambio*? ¿qué se debe entender por valor *constituido*? ¿por qué peripecia se verifica esta constitucion? Este es el objeto y el fin de la economía política. Suplico al lector que ponga toda su atencion en lo que sigue: este capítulo es el único de la obra que exige por su parte algun esfuerzo. Yo, por la mia, me esforzaré en ser cada vez más sencillo y más claro.

Todo lo que puede serme de alguna utilidad tiene para mí valor, y soy tanto más rico cuanto más abundan las cosas útiles: sobre esto no hay dificultad. La leche y la carne, los frutos y las semillas, la lana, el azúcar, el algodón, el vino, los metales, el mármol, la tierra por fin, el agua, el aire, el fuego, y sobre todo el sol, son, relativamente á mí, valores de uso, valores por naturaleza y por destino. Si todas las cosas que sirven para mi existencia fueran tan abundantes como algunas, la luz por ejemplo; en otros términos, si la cantidad de cada especie de valores fuese inagotable, asegurado para siempre mi bienestar, ni tendria por qué entregarme al trabajo, ni pensaria siquiera. En un estado tal habria siempre *utilidad* en las cosas, pero no sería exacto decir que *VALIESEN*; porque el valor, como pronto veremos, indica una relacion esencialmente social, pudiendo hasta decirse que sólo por el cambio, como por una especie de vuelta de la sociedad á la naturaleza, hemos adquirido la nocion de lo útil. Todo el desarrollo de la civilizacion depende, por lo tanto, de la necesidad que tenía la raza humana de provocar incesantemente la creacion de nuevos valores, del mismo modo que los males de la sociedad reconocen por causa primera la perpétua lucha que sostenemos contra nuestra propia inercia. Quítese al hombre esa necesidad que estimula su pensamiento